

## Del Ecuador a Ciudad del Cabo



Moto y desierto, aventura asegurada.



El camino se fusiona con el horizonte.



Así es el autobús en Tanzania.

# África en moto

África es un continente idealizado por el cine y la literatura. Casi todos los moteros soñamos con recorrer su agreste geografía de rojizos amaneceres, inmensos desiertos y verdísimas selvas. Pero el África real no un safari organizado ni una película romántica donde lucir palmito de explorador.

Miquel Silvestre

De cerca es un territorio difícil, duro y peligroso. Cuando comenté que me disponía a recorrerlo en moto desde el Ecuador hasta el extremo sur, la respuesta habitual era qué envidia. ¿Envidia de qué? Quienes tal cosa decían jamás habían sufrido la burocracia kafkiana de sus fronteras, un policía corrupto, el encuentro con un elefante, el calor asfixiante de una urbe masificada o una enfermedad tropical.

Llegué a Nairobi a punto de que comenzaran las lluvias y el bochorno dificultaba incluso pensar. Pero la urbe resultó divertida y criminal, paupérrima y excesiva, interracial y caótica. Me alojé en Jungle Junction, una casona situada en un barrio residen-

cial. El negocio es propiedad de Christofer Handschub, antiguo mecánico de BMW que ofrece habitaciones asequibles, posibilidad de acampar y, lo más importante, un fiable servicio en los vehículos de los trotamundos antes de que se adentren en la jungla. Afronta las averías con los medios más simples. Le he visto reparar el amortiguador delantero de una GS 1200 con alambre y un trapo. Y además, los viernes organiza unas estupendas barbacoas.

Le había escrito un correo preguntándole por las motos usadas que había disponibles. Tenía una BMW R80/GS del año 92 y fue amor a primera vista. Había sido importada de Alemania y el dueño, el jefe de la radiotelevisión germana en Nairobi, apenas la había

usado. Lucía como nueva y pedía 3.500 euros por ella.

Salí hacia el norte, en dirección a la línea del Ecuador. Baches, polvo y vehículos humeantes. Había gente por todas partes. A pie, en bicicleta, en microbuses, en coches, en camionetas, en patinete, en todo aquello que se pudiera mover sin importar lo viejo, contaminante o peligroso que fuera. El horizonte era selvático y la tierra rugía intensamente roja. Las plantaciones de té espolvoreaban de esmeralda las colinas. En un slalom continuo para evitar peatones, animales y agujeros profundos como piscinas, rodeé la inmensa mole del monte Kenia y el Parque Nacional de los Aberdares hasta llegar a Nanyuki, donde los indígenas se apostan en la señal



Ahora toca empujar un poco...



Está muy claro quién tiene preferencia.



Desde muy pequeñas las enseñan a transportar.



Soweto, enorme y peligroso.

intruso motorizado. Espectáculo soberbio aunque inquietante. Cada año mueren cientos de personas arrolladas por alguno de estos enormes bichos. El más peligroso de todos es el hipopótamo, rápido y agresivo a pesar de su simpática apariencia.

### Zambia y Zimbabue

Entré por Tunduma y encontré un país amable. Quizá porque no había tanto turismo. Sin hacer comparaciones, el zambiano no sufre la atroz injusticia de su realidad. Los niños, uniformados y descalzos, caminan disciplinadamente por el arcén y saludan alegres al paso del motorista. El horizonte es de matorral infinito. Cada cierto tiempo aparece un poblado de chozas entre la espinosa maleza. No hay nada más. En más de seiscientos kilómetros no hay posibilidad de repostar y no llevaba ningún bidón de repuesto. En Chinsali me dirigí a la comisaría. Un agente me guió hasta una tienda miserable, donde pude comprar 20 litros de combustible almacenado en garrafas de plástico.

En el bar del motel Melodi de Mpika coincidí con un grupo de camioneros somalíes. Hacían extraperlo con el gasoil, transportaban ilegalmente pasajeros y por las noches se cocían con bourbon "made in Sudáfrica". A las 6 de la mañana, resacosos y somnolientos, salían de nuevo a seguir sembrando el pánico.

Al día siguiente, la moto no arrancaba. Se había ido el motor de arranque. Cuando intenté el pedal, apenas tenía compresión. Al embragar se rompió el cable y no tenía repuesto. Contraté un conductor para ir has-

ta Lusaka, la capital, a más de setecientos kilómetros. Llegamos de noche. Me alojé en un mugriento burdel de las afueras. Sin moto, solo y rodeado de un tenebroso lumpen, mi humor era pésimo. Quedé inconsciente por puro agotamiento, sin importarme el jaleo de putas y ladrones.

Por la mañana, un tipo me comentó que un blanco reparaba los vehículos de Naciones Unidas. El británico Gary Andsen arregló el cable del embrague y pude seguir rumbo a Pretoria para sustituir el motor de arranque. Pero para ello tenía que atravesar un país en plena descomposición política y económica: Zimbabue, destino no recomendado en las guías y que por aquel entonces sufría una epidemia de cólera.

Zimbabue, la antigua Rodesia, es un país fértil, verdísimo, surcado por caudalosos ríos y salpicado de altas montañas. Un paraíso convertido en infierno por Mugabe. La inflación desbocada, la corrupción y los ataques a las granjas sumieron a la nación en el caos, el hambre y el desgobierno. La moneda propia ha desaparecido, sustituida por el rand sudafricano o el dólar yanqui. Harare, la capital, es una extraña ciudad con un ordenado urbanismo de estirpe inglesa. Mientras el mundo se derrumbaba a su alrededor, una anciana blanca pasó pedaleando una antigua bicicleta. Su vestido vaporoso y su sombrero de paja eran como vestigios de otro tiempo.

En la frontera, los funcionarios eran anti-páticos y hostiles. El oficial de la Interpol me dijo que no podía entrar con la moto, puesto que carecía del documento de propiedad

y podría ser robada. Estábamos solos en un despacho oscuro y cerrado. "Tal vez un 'presidente norteamericano' pueda ayudar", sugerí. "¿De cuál de ellos hablamos?", preguntó. "¿Qué tal Andrew Jackson?", ofrecí. "No, ése no me vale. Mejor Ulysses Grant". Trato hecho. Y así, el presidente Grant, cuyo rostro adorna los billetes de 50 dólares, me ayudó a pasar aquella difícil frontera. El pobre Jackson, que aparece en los de 20, demostró un poder de convicción mucho más endeble.

### Sudáfrica y Botsuana

Entrar en Sudáfrica es como cambiar de planeta. El horizonte se amansa en praderas y grandes espacios abiertos. Los trópicos han quedado atrás. Es un país inmenso, rico y hermoso. Buenas carreteras y surtidos hipermercados hacen desaparecer la sensación de aventura. Sin embargo, alambradas y miedo son omnipresentes. El crimen es una auténtica epidemia, y las diferencias sociales, evidentes. La minoría blanca vive encerrada en lujosas prisiones para protegerse de una violencia endémica. En Pretoria repararon la moto en Bavarian Motorcycles, concesionario de BMW. A pesar de las advertencias que me hicieron, visité el gigantesco y peligroso Soweto, donde vivió Nelson Mandela y hoy se hacían entre dos y tres millones de personas en condiciones infrahumanas.

Ingresé en Botsuana, el mayor productor de diamantes, por el pequeño puesto fronterizo de Lobatse. País ordenado y poco corrupto, de una pobreza más "limpia" que en otros lugares. Gaborone, la capital, es una extraña ciudad con increíbles edificios de acero y cristal que refulgen entre áridos solares vacíos. La impresión es de urbe a medio hacer. El hotel principal está frente a la estación de autobuses y el animadísimo mercado. En el pub anejo la fiesta duró hasta bien entrada la madrugada.

La carretera principal que lleva hacia el noroeste era de buen firme, pero los animales domésticos circulaban a sus anchas. Vacas, burros y cabras son los amos del asfalto. Nación poco poblada, hay grandes tramos en los que no vi un alma. Al norte está





*En Zambia encontramos buenas carreteras.*

el maravilloso paraje del delta del Okavango. El gran río no desemboca en el mar, sino en el desierto del Kalahari, donde forma una increíble red de afluentes y dédalos. Cuando baja el nivel, toda el área se llena de cebras, elefantes y leones.

Shakawe es una pequeña población casi en la frontera con Namibia. Acampé a pocos metros del agua y desde mi tienda pude oír el cercano resoplido de los hipopótamos.

## Namibia

En Namibia me recibió una pista de tierra. Era el Parque Nacional de Bwabwata. “Tenga cuidado con los leones –me advirtieron entre risas los policías del puesto fronterizo– les gusta la carne blanca”. En África, el humor tiene matices algo peculiares.

Después de superar una cadena montañosa, aparece el desierto. Su magnífica inmensidad se tiñe de rosas y naranjas al atardecer. Nubes de polvo se levantaron en el horizonte; era una familia de avestruces huyendo del rugido de mi motor.

En el Parque Nacional de la Costa de los Esqueletos, las motocicletas están prohibidas. Me recomendaron que regresara. Me negué. “He recorrido siete países soñando con ver el Atlántico aquí y no pienso volver. Voy a acampar hasta que me dejéis pasar o alguien cargue con la moto y me lleve hasta la otra puerta”. Debieron pensar que estaba loco y llamaron a su jefe para explicarle el caso. Al poco tiempo, me comunicaron que tenía autorización extraordinaria.

Allí sólo había arena. En varias ocasiones tuve que liberar la moto a pulso de la trampa arenosa. El horizonte era un infierno blanquecino bajo un cielo cubierto de nubes color plomo. Sobre la playa aparecía un espeso tapiz de restos arrojados por el mar: madera, huesos y conchas. Estaba inmerso en la



*Tenemos mucho que aprender de estos niños.*

más absoluta desolación, en el verdadero fin del mundo.

Swakopmund es un extraño pueblo de estilo alemán famoso por sus enormes dunas móviles. Una pista sin asfaltar atraviesa el desierto del Namib y por ella llegué a Windhoek, la capital. Ya se notaba el invierno del hemisferio sur. Yendo a Sudáfrica me azotó el viento, la lluvia y una intoxicación alimentaria que me postró en cama durante tres días de pesadilla en los que no supe si padecía malaria, disentería o el ébola.

## Ciudad del Cabo

Entré más muerto que vivo. Me alojé en un hostel y me derrumbé en una cama que pronto dejé anegada en sudor. Sin embargo, al despertar sentí una mejoría. La crisis había pasado. Pude salir a darme una vuelta por la cosmopolita y dinámica ciudad fundada en 1652 por una compañía mercantil holandesa, cuyo primer gobernador, Jan Van Riebeck, fue nombrado por su junta de accionistas. Hoteles, restaurantes y discotecas. Dos océanos que se abrazan. Vinos de Stellenbosch y Constantia. Un lugar “cool” con músicos callejeros y juventud mochilera, pero era el final de mi viaje y tenía que regresar.

Habían pasado dos meses largos desde



*¡Ojo, que en Tanzania también hay radares!*

que salí de Kenia. En mi viaje contemplé los amaneceres rojizos, los inmensos desiertos y las verdísimas selvas del África mítica que fui a buscar, pero también había visto de cerca la otra África, la que no se ve en un safari para blancos, el África de la pobreza espeluznante y de las diferencias sociales más ominosas.

El paseo marítimo de Ciudad del Cabo es un lugar delicioso. Al atardecer salen a los balcones grupos de amigos que brindan en altas copas de cristal. Delante flota sobre el mar una mancha verde: la Isla de Robben. En ella pasó 27 años preso Nelson Mandela y nadie dejó de brindar al atardecer...